



Capítulo 286 - Ya lo hemos resuelto todo

El mundo tembló.

El impacto entre ambos fue apocalíptico: el suelo se quebró como un cristal bajo un martillo, y las fisuras estallaron en todas direcciones mientras el bosque aullaba, arrancado de sus cimientos. El aire se plegó sobre sí mismo, como si la realidad misma intentara huir de ese instante.

El puño se encontró con la espada. La carne con la raíz. La locura con el equilibrio.

Vergil rió sin pausa... Ya ni siquiera parecía un demonio: luchaba como una bestia, desatando aullidos animalescos, dementes y voraces.



Tenía los ojos muy abiertos, las pupilas temblorosas y brillantes, como si su alma danzara en su interior. Su cuerpo se movía como el de una criatura en éxtasis, no con disciplina, sino con instinto primario.

"¡ESTE ES EL SABOR!" gritó mentalmente, dando vueltas en el aire. "¡ESTO ES LO QUE ME HACE SENTIR VIVO! ¡EL DOLOR, LA VELOCIDAD, EL RETROCESO! ¡ÉL RESISTE! ¡ÉL LUCHA! ¡ÉL—!"

Vergil desapareció. Reapareció arriba. Luego a la izquierda. Una patada cortó el aire. Un codazo impactó. Un giro seguido de un barrido imposible.

—¡Reacciona, maldita sea! ¡Muéstrame más! ¡DAMELO TODO! —exigió.



Frente a él, Alex era todo lo contrario. Sereno por fuera, pero por dentro... una tormenta de concentración y emoción.

Cada golpe que bloqueaba le dolía las raíces; cada impacto agrietaba no solo el suelo, sino también su propio cuerpo. Pero no retrocedió.

Está loco. Es caótico. Pero... hay ritmo. Un patrón roto. Alex lo observó. No podía evitar que lo mirara de frente.

Sus ataques no son aleatorios, a pesar de las apariencias. Todo está calculado. Ha sufrido tantas batallas que ha superado el miedo a ser herido...

Cuando Virgilio llegó como un huracán, con los brazos abiertos y una sonrisa sangrienta dibujada en su rostro, Alex alzó las manos e invocó al mundo. Brotaron enredaderas. Las espinas se dispararon como flechas. Las piedras se alzaron como muros.



Virgilio los destrozó a todos con sus puños.

"¡NO PUEDES PARAR ESTO CON FLORES!" rugió. "¡DAME UNA PELEA DE VERDAD, MALDITO CHICO!"

Entonces... ¡CRACK!

Una patada giratoria impactó en la sien de Alex. El sonido fue el de un trueno comprimido. Se tambaleó, con la vista borrosa por un instante.

Pero sus raíces lo sujetaban al suelo. El viento lo rodeaba. El bosque lo sostenía.



—No... puedo caer. Todavía no. —Levantó los brazos, y un torbellino de pétalos afilados atravesó el cielo.

Virgilio se rió.

"¡Qué monada!", gritó, abriéndose paso entre la tormenta como un toro enloquecido. Se le abrieron heridas en el pecho, con la sangre recorriéndole finas líneas. Pero avanzó, sonriendo. "¿Intentas herirme con flores? ¡Me encanta!"

Golpeó a Alex con un puñetazo directo, pero esta vez, Alex atrapó su puño en el aire.

Vergil se quedó paralizado por un segundo. Sorprendido.

Alex no dijo nada.

Él simplemente invocó.

Una lanza viviente brotó de su mano... savia dorada que latía como si estuviera hecha de sangre y luz solar. La clavó directamente en el abdomen de Vergil.

"¡NGHHAAAAAAAAAAAAARGH!"

Vergil arqueó la espalda, vomitando sangre. Pero la sonrisa... nunca se fue. "¡ME ATRAPASTE... BASTARDO!"

Y entonces, riendo como un loco, arrancó la lanza de su propio cuerpo con un ruido repugnante, arrojándola a un lado como si fuera una ramita inútil.



"Me perforaste... ¡PERO ESO NO CAMBIA NADA!" Vergil se inclinó hacia delante.

Su cuerpo temblaba. Pero no de dolor, sino de anticipación.

"¡CUANTO MÁS DURA ESTO, MÁS FUERTE ME VUELVO!"

Alex respiró profundamente.

El cielo respondió.

No con truenos.

Pero con luz.

Gotas doradas cayeron como las lágrimas del mundo, tocando el suelo y convirtiendo la desesperación en esperanza.

"Ayúdame... Rito del Primer Renacimiento."

El mundo floreció.

En segundos, los árboles se alzaron a su alrededor, formando una arboleda sagrada. El viento se calmó. El tiempo mismo pareció ralentizarse. Todo respiraba en armonía.





Vergil miró a su alrededor. Jadeaba. Su cuerpo estaba cubierto de cortes, sangre y barro. Pero sus ojos...

"Hermoso...", dijo, casi con calma. "Casi... lloro", se burló.

Alex lo miró fijamente. «Este no es el final. Es el principio».

Y entonces el mundo se movió.

Los árboles se doblaban como manos, las enredaderas como serpientes hambrientas, las raíces tratando de aprisionar la locura que era Virgilio.

Pero Virgilio... Virgilio se rió.

Salió disparado de la trampa, destrozando troncos como misiles vivientes, pateando ramas como si fueran lanzas, girando por el aire como un tornado rojo. Cada golpe ahora destrozaba el bosque mismo.



Alex se mantuvo firme. La naturaleza le respondió con fuerza y dolor. Cada uno de sus golpes estaba impregnado del alma de la tierra. Cada movimiento, una danza con lo sagrado.

Intercambiaron cientos de golpes en apenas segundos.

Puñetazo. Corte. Arranque. Impacto. Lanzamiento.

Todo envuelto en luz, furia, viento, hojas y gritos.

Entonces-

Un uppercut a la mandíbula de Vergil.

Un rodillazo en el estómago de Alex.

Ambos fueron lanzados.

Virgilio cayó de espaldas al suelo, con el pecho agitado y la mirada fija en el cielo que llovía luz. La sangre goteaba de su boca. Rió, escupiendo un diente a un lado.

"Casi me lastima... ¡Ja! ¡Ya vamos por buen camino!"

Alex cayó de rodillas, enraizado de nuevo. El bosque se marchitó a su alrededor, sanándolo, manteniéndolo con vida. «Este hombre... es un demonio... ¿pero no sufre daño sagrado? ¿O natural...? ¿Qué demonios es?»



Cuando volvió a mirar a Vergil... vio un aura púrpura a su alrededor... tan oscura como el fin del mundo... Una energía densa que gritaba Muerte. Mantuvo la mirada firme y apretó los dientes.

"No puedo dejar que siga. Si esto continúa... perderé..." murmuró, pero luego...

Vergil se desplomó con un ruido sordo, respirando con dificultad, con los brazos detrás de él sosteniendo su cuerpo herido, pero sus ojos, ardiendo con un fervor primario, no se apartaron de Alex ni por un segundo.

"Tú..." comenzó, escupiendo más sangre, "me hiciste querer luchar hasta que no quedara nada de mí".



Su sonrisa se amplió: una mezcla de agotamiento, éxtasis y locura.

Es raro... tan raro... usar todo lo que tengo. Contra Zafiro, necesito concentración, no diversión. ¿Mi madre? Me da una paliza. Son monstruos... cada uno a su manera. Me aplastan con solo mirarme.

Virgilio se rió: un sonido ronco, mitad carcajada, mitad sollozo.

"¿Pero tú? Ja... me hiciste vivir esta lucha. Probé el límite... y lo que hay más allá. Me empujaste hasta allí... y me encantó."

Se inclinó hacia delante, como una bestia que percibe el olor a sangre fresca, y se levantó de un salto, crujiendo el cuello de un lado a otro. Sus músculos temblaban frenéticamente, no de agotamiento, sino de anticipación. De hambre.

"Terminemos esto... ¿de acuerdo?"

Su voz salió baja, casi suave. Pero lo que vino después fue todo lo contrario.

El aura de Vergil explotó.

Un torbellino de pura intención asesina se apoderó del campo de batalla como si la guerra misma hubiera cobrado forma. Rojo y violeta se fundieron en espirales caóticas, como fuego danzando con sombras. El suelo tembló bajo sus pies descalzos, la presión fue tan inmensa que pequeñas piedras flotaron a su alrededor, solo para ser aplastadas en el aire como por manos invisibles.

Alex abrió mucho los ojos; su cuerpo reaccionó antes que su mente. Por un breve y aterrador instante... sintió como si se enfrentara a un ejército.





Miles de presencias asesinas. Gritos silenciosos de muerte. Ecos de incontables guerreros tras ese cuerpo delgado y ensangrentado. Vergil ya no era solo un oponente. Era la guerra hecha carne.

Y le encantó cada segundo.

"Esa es la parte que nadie entiende", dijo Vergil, caminando lentamente hacia Alex, con los ojos brillantes como brasas. "No lucho para ganar. Ni por venganza, ni por justicia, ni por orgullo. Lucho... para sentir".

Cada palabra me golpeó como un puñetazo.

"Cuando duele, cuando desgarras, cuando sangra, ahí es cuando sé que estoy viva. Y cuando ustedes... cuando luchan con todo lo que tienen..."

Estiró los brazos hacia los lados y su aura aumentó, respondiendo como una tormenta que se alimenta de su propia rabia.

"Ahí es donde quiero morir." Giró la muñeca, adoptando una postura baja, casi felina, listo para abalanzarse.

—Vamos, Alex... enséñame más. Enséñame todo. Porque aunque me entierres aquí, moriré sonriendo.

Alex respiró hondo: una sola inhalación larga y profunda que pareció absorber el mundo entero en sus pulmones. Su pecho subió lentamente... y luego bajó, llevándose consigo todo el miedo, toda la vacilación, todo el peso de la decisión que estaba a punto de tomar.





El bosque, más vivo que nunca, respondió en silencio. Los árboles, que habían luchado por él hasta ahora, comenzaron a retirarse. Las ramas se curvaron, las hojas temblaron. Como si incluso la naturaleza misma reconociera que lo que tenían ante ellos... ya no era humano.

El aura de Vergil deformó el aire y quemó el suelo bajo sus pies. Y, sin embargo, Alex no retrocedió ni un paso.

Ya no había espacio para la retirada.

Canalizó todo lo que le quedaba: cada fragmento de maná, cada gota de fuerza vital, cada recuerdo de las razones que lo impulsaban a luchar. La energía en su interior creció y se condensó, latiendo con un calor sereno, dorado, casi sagrado.

La tierra bajo sus pies brillaba con tonos verdes y ámbar. Sus raíces se reconectaron con el mundo.

Pero cuando asumió su posición de batalla, brazos levantados, piernas arraigadas como el tronco de un árbol antiguo... fue con los puños cerrados.

Sin espinas. Sin lanzas. Sin enredaderas. Solo él. Su carne. Su voluntad. Su furia contenida.

Porque en ese momento él entendió.

Pelear contra Vergil con algo que no sean sus propios puños... sería un insulto.

"Si eso es lo que quieres..." murmuró Alex, con la mirada firme y tranquila como el amanecer. "...entonces terminemos esto como hombres".



Y sus puños se encendieron con la luz del propio bosque.

Chispas danzaban entre sus dedos. Raíces se enroscaban en sus brazos como guantes ancestrales. Pero no eran armas. Eran recuerdos. Fuerza heredada. Legado.

Un trueno lejano marcó el ritmo.

Vergil sonrió, bajando su cuerpo como una bestia dispuesta a devorar.

Alex exhaló una última vez antes del choque.

Dos titanes. Puños cerrados. Almas desnudas.

iiiBUM!!!

Ambos fueron lanzados desde el suelo al mismo tiempo: dos rayos vivientes que se lanzaban en direcciones opuestas solo para colisionar en el centro del mundo.

El impacto fue absurdo.

Puño contra puño.

El aire se hizo añicos como vidrio bajo presión, las ondas de choque estallaron en anillos concéntricos, arrasando árboles, aplastando piedras, inclinando el eje del bosque como si el propio planeta hubiera estornudado.





Vergil rió —rió a carcajadas— mientras sus ojos ardían rojos y violetas, una danza frenética de placer y locura. Sus puñetazos eran como cañonazos: cortos, agudos, rápidos. Cada golpe llevaba una dosis inimaginable de instinto asesino, como si el alma de todo un ejército se balanceara con él.

"¿DISFRUTAS ESTO, CHICO DEL BOSQUE?!" aulló, girando en el aire y conectando un gancho que le rompió los dientes a Alex.

Alex escupió sangre, giró en el aire y respondió con un puñetazo directo al estómago de Vergil, enterrando su brazo hasta el codo.

"Me encanta verte sangrar y sonreír al mismo tiempo, loco hijo de p—" ¡CRACK!

Vergil respondió con un cabezazo tan brutal que ambos fueron lanzados hacia atrás (aunque no cayeron), como si incluso la gravedad se hubiera congelado para presenciar el espectáculo.



Cargaron de nuevo.

Un puñetazo de Alex le partió la mandíbula a Vergil.

Un gancho de Virgilio le dislocó el hombro a Alex.

Pero nada detuvo a ninguno de los dos.

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

La secuencia de golpes se había convertido en una sinfonía primigenia. Los árboles eran pulverizados sin ser tocados, los vientos se partían en dos, y



cada vez que sus puños chocaban, la tierra temblaba como si estuviera al borde del colapso.

Virgilio giraba como un bailarín loco, golpeando con los codos, las rodillas e incluso la frente.

¡MÁS! —gritó entre risas—. ¡MÁS, MALDICIÓN! ¡AÚN ME QUEDAN HUESOS POR ROMPER!

Alex no dijo nada.

Su mirada estaba tranquila. Sus pies firmes. Cada golpe era como una montaña lanzada: lento, deliberado, imparable. No intentó igualar la velocidad descomunal de Vergil. Aguantó. Contraatacó. Castigó.

Hasta que un gancho de izquierda se estrelló contra el pecho de Vergil, lanzándolo hacia atrás como un meteoro.

Pero Vergil se rió mientras volaba: se dobló en el aire, giró y regresó cargando con ambos puños cerrados como un martillo de guerra.

Alex se cruzó de brazos y recibió el golpe.

¡CRRRRAAAACK!

El suelo cedió. Un cráter se abrió, tragándose árboles, piedras y criaturas. El impacto fue tan brutal que todo el bosque quedó en silencio durante tres segundos.





Entonces Alex explotó desde dentro del cráter, sus ojos brillaban dorados, y conectó un uppercut perfecto a la mandíbula de Vergil, enviando al lunático a volar cientos de metros.

Pero Vergil giró en el aire, clavó los pies en el suelo (que se hizo añicos bajo él) y sonrió.

¡SÍ! ¡SÍ, BASTARDO! ¡ESTO ES LO QUE NECESITO! —Apretó los dientes, con la sangre manando de sus labios—. ¡HAZME SANGRAR MÁS! ¡HAZME SENTIRLO!

Alex aterrizó frente a él. El impacto fracturó la tierra en anillos perfectos bajo sus pies.

"No más palabras."

"¡ENTONCES HABLA CON LOS PUÑOS!!!"

Y comenzó la segunda ronda.

Esta vez, sólo fue dolor.

Solo puños. Solo huesos rompiéndose. Solo sangre y aliento ardiente.

Cada golpe era una confesión.

Cada cuadra, una oración.

Cada avance, un testimonio de vida.





Dos hombres. Dos filosofías.

Locura versus equilibrio.

Instinto versus armonía.

Destrucción versus renacimiento.

Y cuando terminó... sólo quedó el sonido apagado del bosque herido, como si el mundo mismo contuviera la respiración.

Las hojas ardientes caían lentamente como nieve roja. El cráter en el centro del campo de batalla aún ardía, y el suelo latía como un corazón herido.



Alex estaba en el suelo.

Se derrumbó.

Casi muerto.

Su cuerpo apenas respiraba; cada jadeo era un milagro sangriento. Su brazo izquierdo había desaparecido; se lo había arrancado en algún momento de la pelea que ni siquiera recordaba. Su ojo derecho era un agujero vacío y ennegrecido, y su rostro estaba cubierto de cortes, sangre y tierra.

Inconsciente, parecía más una estatua destrozada que un hombre.



Silencio.

Incluso los animales, una vez escondidos, sabían que esto no era una simple pelea. Había sido una guerra entre dos dioses rotos.

Y encima de una roca cercana, Vergil permaneció de pie. Tambaleándose. Riendo débilmente.

Sangraba por cada poro. Su cuerpo temblaba. Tenía los dedos rotos. Las costillas expuestas en más de un punto. Y aun así... sonreía.

"Se aferró..." murmuró, escupiendo sangre. "El muy cabrón se aferró."

Vergil cayó de rodillas, con los brazos colgando como un peso muerto.

Miró al cielo, ahora completamente rojo, como si incluso los cielos hubieran sido contaminados por su locura, y cerró los ojos.

"Quería matarte... pero..." La voz de Vergil era un hilo ronco, casi ahogado por el silencio que reinó tras el caos. "Sería un desperdicio... Tengo que traerte de vuelta con vida... a Alexa..."

Sus rodillas cedieron y su cuerpo empezó a caer, sin fuerzas.

Pero antes de que su frente pudiera tocar el suelo, una mano suave lo atrapó: firme, elegante, casi como si su peso fuera demasiado liviano para importar.

"Fue hermoso de ver". La voz melódica cortó el aire como seda.





Zafiro.

Ella estaba allí, con una gabardina roja, su larga cabellera trenzada ondeando al viento cargado de maná. Su mirada era analítica, pero tras la frialdad... había algo más. Un atisbo de orgullo, casi fraternal, casi cariñoso.

"Podrías haber usado tu forma de demonio y terminar esto en segundos, ¿sabes?" dijo con una pequeña sonrisa cómplice, sosteniendo a Vergil con una facilidad desconcertante.

Vergil se burló, medio riendo, medio tosiendo sangre.

"¿Qué gracia tendría eso...?", murmuró sin aliento, con los ojos aún rojos como brasas. "Me hizo recordar lo que significa luchar de verdad..."

Zafiro le pasó el brazo por la espalda, ayudándolo a mantenerse erguido. Estaba cálida al tacto, un extraño contraste con el frío que se extendía por las heridas de Vergil.



"Estoy orgullosa de ti", dijo con sinceridad. "Luchaste como un monstruo... y como un hombre. La verdad es que fue bastante sexy".

Vergil rió levemente, apoyando parte de su peso contra ella.

"Dice la mujer que lleva ese hermoso atuendo en ese cuerpo fenomenal".

Zafiro sonrió con la mirada. Pero antes de poder responder, su mirada se desvió hacia el centro del cráter, donde Alex seguía inmóvil, respirando con fuerza de voluntad.



"¿Qué vas a hacer con él?" preguntó.

Vergil entrecerró los ojos, intentando mantenerse consciente. "Llévaselo con Alexa. Te lo prometí... ya sabes cómo soy". Se rio débilmente.

Zafiro asintió lentamente, como si ya lo supiera. Entonces, chasqueó los dedos. Un círculo mágico se abrió en el suelo junto a ellos, brillando con tonos carmesí.

"Vámonos a casa", dijo con calma. "Ya hicimos lo que vinimos a hacer".

Ella ni siquiera se dio cuenta—

Virgilio ya se había quedado dormido.

